

Sale todos los jueves.

Da mensualmente dos figurines, y cada trimestre un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

Madrid. 10
Las provincias. . 14 } Franco
Si la suscripcion de
se hace en Madrid. 12 } porte.



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la librería estrangera, calle de la Montera, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria, establecidas en las principales administraciones de correos y librerías del reino.

Las cartas y reclamaciones francas de porte.



HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

ADVERTENCIA.

Fieles á nuestra palabra hemos dado cabo á la publicacion de EL ALQUIMISTA FLAMENCO, segun ofrecimos; cesa ya por consiguiente nuestro empeño para con el público, y cesa tambien de seguirse publicando nuestra coleccion de novelas. Siendo por la mayor parte las suscripciones que han quedado pendientes las mismas que al periódico, se les continuará mandando á dichos suscritores LA MARIPOSA hasta completarse el tiempo de su abono; pero creemos no llevarán á mal que, existiendo tan enorme diferencia en el precio de ambas publicaciones, y siendo muy costosos los dispendios que nos ocasionan los figurines, *no les remitamos mas que uno* en cada mes, en vez de los dos que da LA MARIPOSA, á no ser que prefieran abonar un aumento de precio hasta satisfacer el total importe de la suscripcion á nuestro periódico.

TOMO I.

No menos galante la actual empresa que la anterior para con sus suscritores, continuará el sorteo trimestrial en favor de los que se suscriban por tres meses, remitiendose GRATIS el periodico al agraciado *durante todo un año*.

Véndense las novelas publicadas en la librería estrangera, calle de la Montera; y en las provincias se admiten pedidos en los mismos puntos de suscripcion que á LA MARIPOSA.

PRECIOS.

Cristina de Suecia en Fontainebleau: Los dos rivales: un tomo 16^o marquilla. Madrid, 6 rs. Las provincias, 8; y 7 abonando el pedido en Madrid, franco de porte.

La muger y los dos amigos: cuatro tomos 16^o marquilla. Madrid, 24 reales-Las provincias, 32; y 28 abonando el pedido en Madrid, franco de porte.

El Alquimista flamenco; dos tomos en 8^o natural. Madrid, 18 reales Las provincias, 24;

y 21 abonando el pedido en Madrid, franco de porte.

Tomando diez ejemplares se venden al precio que han tenido en suscripcion.

Modas.

Uno de los deberes del periodista de modas estriba en la penosa obligacion de haber de criticar las contravenciones que algunas elegantes de primer orden se permiten contra el buen gusto en el vestir. ¿De que sirven esos bellos y costosos trajes, esas ricas y brillantes blondas, esas sedas y esos brocados? ¿Para que esas galas tan mal llevadas? Para que esos adornos tan mal puestos, y peor ordenados? Créen algunas damas que pretenden pasar por *fashionables* que con llevar encima de sí cuanta riqueza puede salir de los almacenes de Gines, de Narciso y de García (calle del Cármen) van á la moda. Miserable error! Joven habrá de la modesta clase de la medianía que sin ningun adorno de lujo irá mil mas veces elegante!..

Ocúrrennos estas reflexiones con motivo del último baile dado por el embajador de los Estados-unidos. En él vimos casi todas las primeras notabilidades de la corte que rivalizaron en lujo y esplendor: pero en medio de este lujo, de esta rica y ataviada concurrencia habia algunas damas, lo decimos con dolor, que, en medio de toda la profusion de sus variados adornos y esplendentes galas, reinaba el mas lastimoso desconcierto en el todo de sus trajes. Mucha agregacion de joyas, amontonamiento de dijes y blondas, multitud de rizados y adherentes; pero buen gusto en su distribucion? esmerada elegancia en su conjunto?.... La pluma se nos cae de la mano si nos ha de servir para indicar defectos, y herir acaso susceptibilidades. Bástenos decir que muchas de nuestras elegantes confunden la moda con el lujo. No basta vestir lujosamente; es preciso

que sea á la moda, que presida el tipo del Buen gusto, y podemos decir *de la buena razon*, porque debe haberla perdido quien hace alarde de llevar sobre su cuerpo un escaparate de almacen de modas, grotescamente arreglado. La sencillez! la sencillez puede hermanarse con la riqueza y el lujo. En el baile que acabamos de citar vimos una joven que solo llevaba por adorno de cabeza tres grandes y hermosas perlas, de valor infinito, que formando una flor de lis con tres ó cuatro hojas de oro le caian sobre una de sus sonrosadas mejillas. Todo el resto de la cabeza no presentaba mas adorno que las trenzas de su hermoso pelo, que caian sobre la nuca figurando tres lindas coronas graciosamente compuestas. He aquí la *sencillez*: he aquí la elegancia acompañada de la riqueza—Complemento del traje de esta bella: un vestido de gasa de plata con viso de raso azul, sin guarnicion ninguna: una simple blonda con tejido de oro al cuello. Dos ó tres veces cruzó por delante de nosotros: esbelta, agraciada, lijera, vaporosa como una silfide apareció á nuestros ojos; deidad del mundo que con su soplo parecia dar vida á cuanto la rodeaba.

Puesto que tenemos ofrecido hablar de la manera con que se llevan los grandes pañuelos ó chales, nunca mejor ocasion que esta que tan severos hemos empezado.

Muy pocas en verdad son las elegantes que hemos visto manejar con gracia la inmensa y prolongada estension de esta prenda que nos ha venido del extranjero. Se cree generalmente que un pañuelo de tan grande magnitud no puede dar una figura esbelta y aérea á la persona: así es que se cuida muy poco de llevarle cual se debe, y, á pesar de lo horrible y feo que debe parecer, sigue estilándose, porque, dicen, es moda allende los Pirineos. Servil imitacion! Podran ser cómodos bajo el nebuloso cielo de Paris esos mantones; pero, en Madrid? con una atmósfera tan limpia y serena, y un calor de 30 grado (¿lo querran creer nuestras suscriptoras de las provincias?) se han estado llevando

todo este verano! mas, que desgraciadamente!! El garbo, la gracia de esta prenda consiste en llevarla sumamente recojida por cima de la cintura, de manera que dibuje todas las formas, y que, á pesar de cubrir el cuerpo desde el cuello hasta muy cerca de los pies, marque todos los contornos: debe separarse un poco de la espalda, ceñirse de los brazos, subiendo todo lo mas posible de los lados sobre el pecho para que se adapte bien al talle: de este modo luce su lindo cuerpo la que puede lucirle, y disfraza su fealdad la que le tenga imperfecto: de este modo aparece una figura ligera y suelta, elástica y sutil. De la manera que por lo general se llevan estos chales, muy ceñidos al cuello, sueltos los lados y sin recogerlos sobre los brazos, resultan unas formas pesadas, abultadas, y sin gracia; son incómodos á la persona, y embarazan sus movimientos—Créemos haber dicho bastante, y razon es que dejemos ya un tono tan severo y poco amable para con el bello sexo. Empero, nuestras bellas nos le perdonarán: celosos del buen gusto, no podemos sufrir que tan torpemente se le desconozca: y la crítica por embozada que aparezca y cubierta de flores, siempre amarga: y luego, es tan frágil nuestra especie humana que irá á apuntar con el dedo á determinadas personas! «A aquella hace alusion LA MARIPOSA.»—«A esta se dirige sin duda LA MARIPOSA» —Protestamos de antemano contra tan malignas suposiciones. Lejos de nosotros toda personalidad. Señalar las faltas *fashionables* de las que pretenden ser elegantes no es injuriarlas; mucho menos cuando ni remotamente á ninguna designamos. Triste condicion del hombre! haber de disculpase prematuramente para no llamar quejosos contra sí!

MODAS DE NIÑOS.

Los pobres niños estan en desgracia. Al tiempo de hacer el ajuste no ha tenido cabida el artículo que á sus galas inocentes dedicábamos. En otro numero será.

POBRE HOMBRE! *

Y la señora! preguntó al entrar en su casa de vuelta de la Bolsa hace quince dias el señor Morfon.

— La señora ha ido á comer á casa de una de sus *amigas*, respondió la criada apoyando el acento sobre esta última palabra.

— En ese caso iré yo tambien á comer fuera, replicó el marido, y volvió á bajar la escalera tan pausadamente como la habia subido.

El señor Morfon es un hombre de corta estatura y grueso, tipo verdadero de un agente de cambios.

Dirigióse solo y á pié hácia la calle de Alcalá y entró en la fonda de *Los dos amigos*: pidió comida de 20 reales, y mientras se la servian se puso al balcon á ver las jentes que bajaban al Prado: el señor Morfon pretende ser un habil observador.

Paróse un coche á la puerta: y bajaron de él un joven y una dama que llevaba cuidadosamente cubierto el rostro con el velo, y tan velozmente se entró en el portal, que no pudo distinguirse bien el todo de su persona.

«Son dos amantes, dijo él para sí, la muger es casada, y por eso viene con tanto misterio.

No bien habia hecho esta observacion cuando vió llegar á un hombre presuroso y sin aliento, que miró primero al coche como para reconocerle, y exclamó despues: Este es; y se entró precipitadamente en la fonda.

— Este es el marido, dijo otra vez el observador: en que vendrá á parar esto?

Seguia aun asomado al balcon, y tuvo que retirarse de él á causa de un ruido que oyó á su espalda: era el hombre que acababa de entrar dando un tremendo portazo, y que no hallando lo que buscaba murmuró entre dientes: No es aquí; é

* El fondo de esta historia es verdadero: los nombres solo son ficticios.

hizo ademán de volverse por donde había venido.

— Busca V. á alguien, caballero? le dijo el observador que, tan pobre hombre como era, trató de detenerle á fin de dar tiempo á los dos amantes para evadirse.

Permaneció un momento el desconocido sin responder; despues, como quien trae algo á la memoria, dijo: «No estaba V. á ese balcon?»

— Si, señor.

— Hace mucho tiempo?

— Hace mucho tiempo, contestó afirmando el observador.

— Entonces habrá V. visto pararse ese coche, y salir de él una señora que llevaba pañuelo grande de raso negro, y mantilla con un gran velo de blonda.

— Si, la he visto, dijo el señor Morfon previendo todo el partido que podia sacar de aquella aventura.

— Es rubia, ojos azules, delgada, alta?

— Nada de eso, caballero; es morena, muy morena, pelo y ojos negros; ya lo creo, como que la he observado bien, añadió al ver el jesto de incredulidad que hacía el supuesto marido; hasta vizca es.

— Es singular, dijo el desconocido; si el coche es el mismo que ha estado parado tanto tiempo delante de la casa! pero, ó V. no la ha visto ó quiere engañarme; por lo demas.... felices tardes, caballero; no por eso dejaré de seguir en su busca.»

Saludó al decir estas palabras y se marchó.

Al volver el bueno del agente de Bolsa al balcon advirtió que el desconocido se habia metido en el coche, y que cerraba por dentro la portezuela, alzando los vidrios.

«Las cosas se enredan, dijo el observador; pobres enamorados, es necesario avisarles; estos malditos maridos llegan siempre á tan mal tiempo!»

Dicho y hecho: el señor Morfon que habia oido ruido en el gabinete inmediato, se dirije á él, y sin entrar grita desde la puerta: «No tengau Vds. recelo alguno ni me teman, que quiero salvar á la seño-

ra de su zeloso marido....»

Al oir estas palabras el joven que se hallaba en el gabinete salió al encuentro de Morfon para impedirle la entrada, y este al verle soltó esta exclamacion:

«Eres tú, primo?»

— Ah! bribonzuelo, prosiguió hablándole, tú tambien haces de las tuyas: no es extraño, á tu edad! Veamos con quien estas?... Hola! no me dices nada... callas... discreto eres por mi vida!... te sirvo de incomodidad, Julio? No te importe, que, aunque casado, tomo siempre el partido de los amantes; soy tan pobre hombre, verdad? Atiende: ya debes haber oido lo que ha pasado entre el zeloso y yo: ahora está escondido en vuestro coche para esperaros; anda y dile á tu dama que te de su pañuelo y mantilla: ve, no tengas cuidado por lo demas.»

Obedeció el primo, aunque dudando, y llevó los objetos que se le pedian.

— Ahora, anda á comer con ella, y no temas nada.

Cargado con su mantilla y pañuelo salió Morfon de la fonda por la puerta de la carrera de San Gerónimo, y á toda prisa se dirijió á su casa.

— Josefa, dijo á la doncella de su muger, dame un pañuelo, el que encuentres primero, y una mantilla de tu señora.

— La ha encontrado V. acaso? preguntó Josefa azorada.

— Pocas preguntas, dame lo que te he dicho, y que enganchen corriendo el cabriolé.

Pronto volvió la doncella con lo que se le mandaba, y Morfon, despues de haber colocado el lío en su cabriolé, marchó... no se sabe adonde. El caso es que á poco rato volvió á la fonda de *Los dos amigos* acompañado de una señora alta, flaca, morena y vizca, vestida con la mantilla y pañuelo negro de la dama que estaba con Julio.

Dirijese al gabinete de este, quien le salió al paso limpiándose con la servilleta los labios, y le dice: «Primo, he aquí lo que te hace falta: da el brazo á esta señora y

vete á tu coche atrevidamente; deja á la otra, que yo me encargo de ella.

— Que! exclamó Julio perdiendo el color... advierte que es una señora... una señora de rango que tiene muy poderosas razones para que *no la veas*.

— En todo eso he pensado ya, contestó Morfon con una maliciosa sonrisa: acompaña la á mi cabriolé que está en la Carrera, frente á la Fontana, y en él encontrará cuanto puede hacerle falta para volverse á su casa bien abrigada; anda... Ah! ahora que me acuerdo, Julio, irás luego á visitar á mi muger, que hace mucho tiempo no te ve, segun me ha dicho esta mañana.

— Ah! ahora que me acuerdo, dijo Julio á su vez, hemos dado carta de pago á la comida que habias pedido, pues como nos veíamos perseguidos y estábamos de prisa... tú, que no estas enamorado ni perseguido, puedes pedir otra y esperar.

— Bien, no importa.... no tengo hambre; he almorzado tarde, dijo el agente de cambios: cenaré despues de *La Redoma encantada*: palco bajo, n.º 7; en él te aguardo.

Verificóse todo como el prudente Morfon lo habia combinado: puesta en salvo la bella incógnita, volvió Julio á tomar del brazo á la complaciente señora y la condujo á el coche, aparentando una gran sorpresa al verle ocupado por un desconocido.

— Mil perdones, caballero, prorrumpió éste; permitidme que vea el rostro de la señora, despues os daré cuantas satisfacciones exijais de mí.

— Oh! nada, en verdad, os debe el rostro de esta señora. Pepita, alza tu velo, querida.

— No es ella! dijo el desconocido, y confundiéndose en excusas y cumplimientos, bajó del coche y se alejó.

El bueno de Morfon volvió á su casa sin haber comido, y al entrar en el cuarto de su muger, los primeros objetos que le llamaron la atencion fueron la mantilla y pañuelo que habian protegido el incógnito de la querida de Julio.

— Hola! exclamó, parecè que la dama ha vuelto pronto estas prendas; y, como por el semblante de su muger observase cierta desazon en ella, añadió presuroso:

«No tengas celos, querida, es una historia lindísima en la que estoy del todo inocente; pero no puedo contártela porque comprometeria á tus ojos al primo, á quien citas tú siempre como un modelo de virtud.

— Este lio de parte del señorito Julio, dijo un criado dejándole sobre una silla. Antes que la esposa del agente hubiese tenido tiempo para hacer una seña á su doncella, que entraba al propio tiempo detras del criado, ya habia su marido desdoblado el envoltorio, sacando de él la mantilla y el pañuelo negro.

— Otra que tal! dijo Morfon; habrase visto semejante aturdimiento! pues no va á equivocar las señas, y manda una ropa que no es tuya... y queria yo ocultarte su aventura....

— Que aventura? preguntó la de Morfon con los ojos ansiosamente fijos sobre el rostro de su marido.

— Yo te la diré.... aunque algo intrincada.... pero procuraré disfrazarla.... suavizarla.... no tengas cuidado.

— La sopa está en la mesa, dijo un criado abriendo la puerta.

— A la verdad que es buena noticia, porque me muero de hambre, dijo el agente de Bolsa; pero yo creia que comias hoy fuera de casa?

— Sí, es cierto, dijo la de Morfon siguiendo á su marido al comedor, pero he comido muy mal, tan mal, que me parece volveré á comer.

— Acaso por complacerme á mí, verdad? dijo el esposo enternecido: eres un anjel, Camila!

E. F.

ABELARDO Y HELOISA.

En mil ciento veinte y ocho existian en París dos ilustres personajes, que por

sus talentos é ingenio, por sus desventuras y por su amor, se atrajeron la admiración y el interés de todos los siglos: eran Abelardo y Heloisa. Su tumba es un objeto de curiosidad continuo, y multitud de extranjeros la visitan con religiosidad y respeto. De todos los ámbitos del mundo acuden los peregrinos enamorados, y desde los extremos de la Europa llegan solícitos á depositar coronas inmortales, disputándose lugar para ser colocadas en aquel templete de piedra, donde desgraciadamente el fanatismo de algunos les hace ir descascarando los bustos de los dos amantes para conservar las piedras como reliquias.

La emperatriz Josefina, que por simpatía secreta se consideraba ligada con fuertes lazos á su destino, le suplicó repetidas veces á Napoleon, que mandase poner guardia al rededor; pero la gloria le hizo sin duda olvidarse de aquellas solitudes tiernas. Todas aquellas pompas y vanidades han sucumbido bajo el yugo de la naturaleza: su recuerdo pertenece sólo á la historia. Napoleon y Josefina tienen sus sarcófagos en Francia y en el Océano: pero Abelardo y Heloisa le tienen en París.... en el mismo París, donde tantas pasiones se exaltan á su solo nombre, ó al sencillo relato de sus tristes amorosas aventuras.

Los poetas las han cantado, los pintores han sellado en sus lienzos la imagen de las nobles víctimas, y la escultura acaba de completar su fama, esculpiendo el busto de ambos personajes en un grupo admirable, obra del genio, resultado de una inspiración embebida en el solemne pensamiento que la motiva. Representa á Abelardo en ademan desconsolado y tierno, severo, amoroso, desolado profundamente por el peso de su infortunio, que sobrelleva con fortaleza dolorosa, sosteniendo en sus brazos á Heloisa, aletargada, distraída por el pesar, pero humilde, fervorosa, resignada y cubierta del cilicio. Figura el momento de la separación, y Abelardo está señalando al cielo como

indicando á su perdida amante el único consolador que ha elegido por rival.

Este grupo, que es de una verdad sorprendente, merece un pedestal en todos los recintos, en que se tribute adoración al amor y á la piedad. El elogio de M. Pingret en haber esculpido tal obra es á la vez moral é histórico. Recomendámosle, pues, á nuestras elegantes, pues es un adorno elegantísimo para una casa de tono. Por ejemplo, en una alcoba de las que ahora se empiezan á construir en las casas modernas, con puerta ojiva en el centro, y á los lados dos claros con columnas de marmol blanco, y en el medio, á un lado (supongamos) Adonis despidiéndose de los brazos de Diana por volar á la cacería, y en el otro lado este grupo interesante de Abelardo y Heloisa, haría un efecto mágico. Y si á esa alcoba, que para ser del mejor gusto debería estar vestida de papel azul muy claro, para que diese la idea de un cielo purísimo: y la puerta y las estatuas se viesan veladas por cortinas oscuras que solo dejasen diseñar las formas movibles de los bustos, uniéndose á tan interesante escena un lecho de acero, figura ovalada (son los de última moda), y en él una dama hermosa siguiendo con sus ojos entredormidos los ondulados giros de las cortinas, nadie sabe el encanto que podía sentir su alma, ni el vuelo aéreo y delicioso de un pensamiento que despierta del sueño, y se ve sorprendido por tan alhagueñas ilusiones. ¿Si habrá alguna dama que solo por saberlo entrará en tentación de ponerlo á prueba? Desearíamos que sí, pues además que esto probaría que tiene posibles de que disponer (y de eso nos alegramos y se los deseamos á todas para que favorezcan nuestra Mariposa), se vería además el efecto sorprendente de nuestras indicaciones, y conocerían que este tipo de alcobas que indicamos no es ideal, sino tipo existente en alguna casa de Madrid, y que recomendamos por ser del mejor tono.

En alcobas por este estilo no debe haber mas muebles que dos banquetas á los

lados de la cama, y un ancho sofá, si es posible de terciopelo negro, por el realce que da á la blancura de los cutis, y una mesita de noche. Sillas, aguamaniles, cómodas, perchas y demas, es de mal gusto en esta clase de estancias; pero en dormitorios caseros, como son la mayor parte de los que vemos, y en los que dormimos, en esos sirve todo y cuanto mas hay, casi parece mejor.

Escusado es advertir que para alcobas tan elegantes se necesitan piezas inmediatas de guardaropa, tocador, retrete; y aun si se quisiesen mas gollerías, gabinete de música, escritorio ó biblioteca, y sala de desayuno y costura.

La muger jamás deja de amar.

En un parage recóndito de un jardín, donde la tejida y espesa madre selva forma un toldo, que como un trono de amor convida al desahogo del corazon, está sentado un hombre de cincuenta años, edad la única para confidente, pues se ha retirado ya del amor sin que por eso le haya olvidado; pues para no cesar de ocuparse de él, empieza á contentarse con estar hablando á todas horas. A su lado está reclinada una joven linda, pensativa, y vestida con notable elegancia. Una capota de encaje blanco, adornada con una ramita de azahar; una dulleta de muselina bordada, cuyas mangas bastante anchas están sujetas á la muñeca con un antiguo camafeo, son los adornos de la interesante joven: en el cespel se ve su sombrilla de seda blanca, la que empezó á hacer girar entre sus dedos el caballero al dirigirla de este modo la palabra:

«Señora, al contemplar el placer que sienten mis ojos al admirar vuestra elegante toilette, no puedo menos de preguntarme á mí mismo, con qué objeto tan lindos adornos para el campo, en que nadie hay, ni puede veros, ni contemplaros? y por lo tanto estoy pensando que os engalanais inutilmente. — Amigo mio, con

efecto, no es por las personas que me visiten por las que me ocupe en adornarme: no siempre lo hacemos por vanidad: basta que amemos, aunque sea poco, que sintamos la mas leve impresion en el alma de afeccion agradable, para que tengamos un secreto deseo de embellecer nuestra persona. — Sí, pero como aquí no hay mas que el hortelano, el consejero que os visita y yo, creo que del mismo modo que no tenéis á quien agradar, tampoco tendréis á quien amar. — Os equivocais: antes que no vivir por mi corazon, amaría aunque fuera á ese plátano que se levanta á nuestra vista. Y á la verdad un arbol hermoso no es uno de los objetos mas admirables de la creacion? Acaso el único en el que se encuentre reunida la gracia y la fortaleza. Ah! no me estraña que en otros tiempos mas sencillos y creyentes le hayan divinizado, y aun me remonto á presentir en mis ilusiones, que en otra época y en otra vida, yo he sido la sacerdotisa de sus altares, segun conservo, de admiracion y de entusiasmo por este bellísimo adorno de nuestro suelo. Su aéreo follage es un tupido velo de verdura que resalta sobre la frente purísima del cielo. Siempre mecido en el aire, jugando con los rayos del sol, ó con las sombras de las nubes, su único comercio existe con los elementos, y jamás ha profanado la pureza de su esencia. En su seno resuena una agradable música, pues la voz de los aires deliciosa murmura cuando penetra entre sus ramas. — Y él tambien, señora, la replicó el condescendiente amigo, parece tributar el homenaje de rendimiento, y pagaros vuestra ternura por él. Mirad como se postra hasta coronar vuestras sienes, y os estiende los florecidos brazos como para estrecharos á su corazon, y se inclina y se retira temeroso y agitado con un estremecimiento de placer, y susurrando un sonido débil, bajo, misterioso y dulce como el lenguaje de un amor. — Ah! sí, prosiguió la joven sonriéndose: ahora así es la verdad: despues pasarán varios dias, y.... quien sabe ya! A la primer nube del

invierno que enlute su dorada cabeza, acaso perderá su verdor y lozanía, y no podrá rendirme sus brazos desgajados, ni murmurar su voz yerta y apagada. Solo veré en él un tronco sombrío, ramos negros y espinosos, aridez y frialdad.—Sí, ya veis que en todo, en todo, es un verdadero amante.—Y vos conoceréis que una mujer no puede mientras exista dejar de fijar su corazón en algún objeto, y amarle y gozarse en su gloria, ó llorar con sus recuerdos. No puede dejar de amar!—Tampoco el hombre! R.

ALBUM.

Liceo.—Por fin parece ser ya cosa decidida (si algún otro nuevo incidente no se atravesara de por medio) que hoy jueves se ponga en escena *LA ROSMUNDA*. Se repetirá el inmediato.

Teatros.—El sábado treinta del pasado se ejecutó la primera representación de la comedia de costumbres *UNA VIEJA*. Argumento sencillito, de poco enredo y corto interés, abundancia de chistes y sales cómicas, trozos de hermosa versificación, suma agudeza de ingenio en buscar consonantes difíciles, son cualidades que revelan al instante el nombre del autor. ¿Quién no reconoce por estas dotes al señor Breton de los Herreros?—Una vieja resentida, de las burlas y sarcasmos de una viudita, se venga de ella soplandole el amante, que al olor de sus seis mil duros de renta le ofrece su mano y le sacrifica las cartas de la otra; pero como vieja desengañada y nada presumida se contenta con las palabras, y deja chasqueado al pretendiente y castigada á la viuda: he aquí el sencillo plan con el que el autor ha sabido entretener en cuatro actos la atención de los espectadores. Esto solo sabe hacerlo el señor Breton. La ejecución por parte de la señora Llorente (á cuyo beneficio era la representación), de la señora Baus y del señor Lombardia, fue cabal, y creemos quedaria contento el autor de su desempeño. Los demás papeles son hartó insignificantes.

Siguió una sinfonía á telón alzado, pero, valganos Dios, que sinfonía! Luego un bailete en el que el señor Casas hacía de CEFIRO con

bigotes y patillas! Concluyó la función con la graciosa pieza *LOS GUANTES AMARILLOS*. El señor Lombardia estuvo en ella inimitable.

Mlle. Taglioni en S. Petersburgo.—Ponderando los elogios y los honores rendidos á tan eminente bailarina, refiere un periódico francés del siguiente modo lo que llamó la atención cuando estuvo en S. Petersburgo:

«Por ella las flores han atravesado las nieves de Rusia.»

«Por ella se han entusiasmado los frios habitantes de los helados confines.»

«Los emperadores, los reyes, los grandes duques, los pueblos, las armadas, la han aplaudido.»

«Los soberanos la han prosternado su corona.»

«Las emperatrices han arrancado de sus diademas piedras preciosas para adornar á su sílfide encantadora.»

«A sus pies se han ofrecido diamantes, laureles y millones para retenerla en su país.»

«Todos los periódicos septentrionales cuentan con lenguas de fuego la relación de sus triunfos. Por ella la Musa del norte se ha engalanado con colores orientales.»

El mismo periódico añade, que cuando se presentó en las tablas el 3 de setiembre, en el teatro Imperial, no se oyó en media hora de aplausos: Las localidades, la de menos precio fue de 7 rublos, mas de 28 reales, y hubo muchas de 300 y 400 reales (75 y 100 rublos); advirtiéndose, que se necesitó todo el valimiento, y que se echó mano de toda clase de intrigas para procurarse billete, y que aun así todas las localidades estaban vendidas con tres meses de anticipación.

Esto se llama honrar el talento!

Pianos.—Un periódico de Bruselas anunciaba hace tiempo, que Talberg estaba haciendo furor en todos los países que recorría, y que después de haber electrizado con sus sensibles sonatas á los apáticos ingleses, trataba de dar una vuelta á la redonda por todas las partes del mundo. Esto solo puede llevarlo á cabo con pianos como el suyo. Es de Erard: le ha transportado 1400 millas de camino, le ha servido para 28 conciertos, y no ha necesitado templarle ni una sola vez. Se parece á los de por acá, que en un estero ó desestero, ó cuando mas en una mudanza de casa se desafinan.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA.